

La moral eclesial atrapada entre el sexo y la política... e *tutti contenti*

Andrés Torres Queiruga

La reciente polémica suscitada por la homilía del Arzobispo de Santiago durante la Ofrenda al Apóstol ha removido en mí una preocupación que viene asediándome desde hace tiempo. Preocupación seria por un punto que marca de manera muy decisiva el estilo de presencia de la Iglesia en la sociedad y por el modo de presentar su mensaje ante la misma. No es, por supuesto, el único factor, ni mucho menos. Pero me temo que de él nacen consecuencias muy graves tanto para ella como para la sociedad.

El problema

Consecuencias graves para la Iglesia, pues lo que ahí está sucediendo explica en gran medida la fuerte merma de su eficacia externa en la vida pública y en la actividad política, cuando no el rechazo, el desprestigio y aun el escándalo. Y en su propio interior explica también el desconcierto generalizado, con una esterilizante división de los fieles, con la marginación y el silenciamiento de las instancias críticas y, sobre todo, con la desafección y el abandono de un inmenso número de personas que o, desde dentro, ya no se sienten identificadas con la Iglesia o, desde fuera, la ven

como una institución anacrónica que les parece cerrar toda posibilidad de entrada.

Consecuencias graves también para la sociedad política. Porque, en lugar de suponer para ella una aportación crítica y un aguijón en la mejor tradición profética, le proporciona muchas veces una excelente disculpa para distraer la atención sobre los verdaderos problemas que afectan a la solidaridad, la justicia y la auténtica libertad ciudadana. Pues no nos engañemos: en el fondo –y no sabría decir hasta qué punto se es conciente de ello– por detrás de las polémicas ruidosas y de las declaraciones catastrofistas, todos están contentos: los unos, porque han «cumplido con su conciencia», como lo demuestra la cuota de impopularidad y aun de «persecución» que eso les supone; los otros, porque encuentran ahí una ocasión magnífica de mostrar su progresismo sin exponer un duro de su peculio o un voto de su partido.

Así se aclara el curioso fenómeno de que, por mucho que se repitan los incidentes, jamás se produce un verdadero avance en el diálogo o un perceptible esclarecimiento de los problemas de fondo. Todos «tienen razón», y, en lugar de un estudio serio de las relaciones entre la religión y la sociedad y del esfuerzo por encontrar el modo de hacerlas fecundas, se reproduce la eterna polarización: conservadurismo frente a progresismo, Iglesia creyente frente a Estado laico, cultura de la fe frente a cultura de la increencia... y así *ad infinitum* o, más propiamente, *ad nauseam*.

Una situación compleja, llena de presupuestos enrevesados y de aparentes seguridades firmemente establecidas. Pero que bien merece una reflexión que intente ir a la raíz (al menos, a una raíz importante). El episodio aludido ofrece una buena oportunidad.

¿Qué sucedió en Santiago?

Dejemos a un lado la oportunidad o no de ese tipo de ceremonias (que, lo confieso, personalmente no me disgustan demasiado). Lo decisivo es que el Arzobispo, en nombre de la Iglesia y dando todos por supuesto que, por lo mismo, en nombre Dios, proclamó ante los máximos representantes de la sociedad política una verdad que sabía conflictiva y para

muchos –fieles incluidos– impopular. Lo hizo porque se sentía obligado en conciencia. Podemos asegurarlo los que lo conocemos como un hombre honesto, nada ambicioso y fiel a las directrices oficiales. Pero además (algo que no habrá escapado a ningún oído fino) lo demostraba el inicio mismo de la homilía, que, tomando pie en la lectura de los *Hechos de los Apóstoles*, anunciaba que «es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres». Y, contra lo que han dicho algunos, lo hizo con mesura y respeto, insistiendo únicamente en lo positivo: cuidar y proteger al matrimonio heterosexual, sin que de manera expresa condenase o hablase mal de otro tipo de uniones. Finalmente, lo hizo en el lugar adecuado y en un acto pertinente: en una homilía desde su cátedra episcopal.

¿De dónde entonces tanto revuelo? Es claro que no de lo directamente expresado, sino de lo que, situado detrás, todos dan por supuesto. La Iglesia, una vez más, ha entrado en el terreno de la moral pública; no de la moral en general, sino en un problema con directas implicaciones en lo sexual. Y es justamente ahí donde se produce el típico conflicto. Por eso mismo, para la reflexión presente conviene no centrarse en el caso concreto abordado en la homilía, sino abrir la consideración sobre el problema general.

*el desajuste nace de la resistencia
a reconocer la autonomía de la
moral y de la falta de una
verdadera actualización al opinar
sobre contenidos morales
particularmente en el campo de
la moral sexual*

Porque el conflicto, en mi parecer, va más allá del problema del «matrimonio» hétero u homosexual y de las parejas de hecho: desde el control de la natalidad al divorcio o incluso al aborto y la clonación, desde las relaciones prematrimoniales a la prevención del sida o incluso al rol de la mujer, cada vez que la Iglesia se pronuncia oficialmente, se produce el revuelo. Buscar una explicación simplista no sería acertado, pues ni las cosas son simples ni la razón está casi nunca totalmente de un lado. Pero a mí, desde mi responsabilidad teológica y eclesial, me interesa analizar la parte que le corresponde a la Iglesia (precisamente porque creo que el verdadero amor se manifiesta en el análisis crítico y no en la mera acomodación). Pues bien, en esta perspectiva, pienso que el desajuste nace de dos cuestiones, de hondo calado, que la Iglesia tiene pendientes en

casi todas las cuestiones que, de manera más o menos directa, rozan el ámbito de la moral sexual (porque de este roce se trata o al menos es muy determinante, aunque no siempre se diga ni tal vez siquiera se advierta).

La primera radica en la resistencia al reconocimiento de la autonomía de la moral. En un artículo anterior en esta misma revista (*Ética y religión: «vástago parricida» o hija emancipada: Razón y Fe* 249/1266 [2004] 295-314; cf. también su complementario, *Moral e religión: da moral relixiosa á visión relixiosa da moral: Encrucillada* 28/136 [2004] 5-24) he tratado de mostrar que la moral, en cuanto contenido, es decir, en cuanto descubrimiento y

*sin pretenderlo, la Iglesia paga
un enorme precio religioso por
una cuestión que, en rigor, es
competencia de la búsqueda
común*

determinación de las pautas de conducta que nos hacen más auténticamente humanos, como individuos y como sociedad, es una tarea pura y universalmente humana. De suerte que, aunque en cuanto a su fundamentación última y al modo de vivirla existe una

clara diferencia entre creyentes y no creyentes, no tiene por qué haberla, en principio, en cuanto a las normas objetivas que se adopten. Estas han de ser buscadas mediante la razón ética, estudiando, a base de argumentos compartibles y universalizables, el significado y la repercusión de cada conducta en el proceso de nuestra humanización.

Por eso la Biblia, aunque habla también de moral, no es *propiamente* un libro de moral, sino de religión (igual que –aun concediendo que la cercanía es claramente distinta pues la fe está muy íntimamente unida a las costumbres– la Biblia habla de geografía, astronomía o historia, pero no es un libro de esas disciplinas). Y, también por eso, tampoco la Iglesia es una institución *directa y específicamente* moral: su misión es religiosa, aunque, como he dicho, desde ella pueda ayudar a la moral, ofreciendo una fundamentación última y animando a vivirla con «pasión infinita» (en esto coinciden Kant y Kierkegaard). Eso no impide, claro está, que, como cualquier instancia responsable e incluso con especial intensidad dada su preocupación salvífica, pueda y deba ocuparse también del encuentro y determinación de los contenidos morales, que ella reconoce como inscritos en la creación. Pero al hacerlo, si quiere tener autoridad *universalizable* en ese campo, debe aducir argumentos pertinentes, es decir, estricta-

mente morales. Y hacerlo con idéntico derecho a proponer su parecer, si lo cree necesario, (sin que nadie deba «encerrarla en la sacristía») y *por lo mismo* con idéntico deber de someterse a la crítica en la comunidad de argumentación.

Aquí se anuncia la segunda cuestión, no independiente de la primera: el no haber asumido plenamente esta situación, ha llevado a la falta de una verdadera actualización cuando se trata de opinar sobre los contenidos morales. Sucedió en el ámbito social y político (recuérdense el *Syllabus* y numerosas declaraciones magisteriales al respecto); pero, por fortuna, ahí, gracias al avance de la doctrina social de la Iglesia y, sobre todo, a las teologías posconciliares de la esperanza, de la política y de la liberación, el panorama teórico se ha aclarado en lo fundamental. Por el contrario, en el campo de la moral sexual, aunque se han dado avances importantes, la estructura de fondo no ha cambiado.

La *Humanae vitae* hizo estallar una contradicción que se reaviva cada vez que se llega a los problemas hoy más candentes, como el divorcio, la homosexualidad, las parejas de hecho, el preservativo como protección contra el sida, o incluso el aborto. Es obvio que en la cultura actual puede haber y hay abusos en esos campos; pero la persistencia numantina en mantener con todo su rigor normas que incluso un gran número de fieles y de teólogos consideran anacrónicas y a veces inhumanas, está creando una situación que no resulta exagerado calificar de desastrosa.

Este es, con toda probabilidad, el trasfondo que ha estallado en la celebración de la ofrenda al «Hijo del Trueno».

Un desastre para la Iglesia

La situación no tiene salida fácil mientras no se cambien los presupuestos de fondo. Porque son ellos los que, al impedir reconocer la autonomía de la moral, sacralizan la normativa eclesial, cubriéndola con el manto absoluto de lo religioso, reforzado no pocas veces por una concepción estática de la «ley natural». Una moral que de ese modo se siente obligada a vivir en exclusiva de sus propias fuentes. De suerte que ni puede cambiar desde dentro, con clara tendencia a «demonizar» todo intento de renovación crítica, ni se decide a aprender de los avances legítimos

mos de la cultura secular; de lo que la teología reciente ha llamado en alguna ocasión «profecía externa». Privada así de un verdadero dinamismo de actualización, su anacronismo se hace inevitable en algunos puntos y, por lo mismo, sus proclamaciones resultan increíbles en el seno de la cultura actual.

Bien es cierto que lo de «actual» no puede convertirse en una patente de corso para justificar cualquier rechazo, pues es evidente que no todo lo actual es, por serlo, moralmente aceptable. Pero eso lo sabe también cualquier filosofía crítica. Lo que no resulta correcto es escudarse en los abusos para desconocer los avances reales o para justificar la negativa a una legítima actualización.

*un desenfoque bien intencionado
acarrea una hemorragia en lo
religioso y contribuye a la
desertización en lo moral*

Para comprenderlo, basta una simple ojeada a lo que ha sucedido en otros ámbitos no tan constreñidos por la preocupación sexual: ¿qué sería de la visión eclesial de la tolerancia, de la libertad religiosa, de la justicia social..., si, rechazando la «profecía externa», aunque muchas veces le llegase en forma de ataque, la Iglesia persistiese en sus proclamas anteriores? Por desgracia es lo que, en gran medida, ha sucedido en el terreno que afecta a la moral sexual. En él no se ha producido una actualización aceptable. Por eso no puede extrañar el hecho de que muchas de las proclamas eclesásticas no sólo resultan inaceptables para una gran parte de los hombres y mujeres actuales, sino que, como muestran con tozudez irreversible las diversas encuestas, tampoco lo son para muchos hombres y mujeres creyentes. Las consecuencias se dejan sentir con fuerza. Señalaré tres especialmente graves.

La primera, que, a pesar de la intención expresa –y sin duda sincera– de buscar el bien común, lo que de ordinario llega a la percepción pública es exactamente lo contrario: que lo que de verdad interesa en las directrices eclesásticas, es ante todo defender los principios y no las personas, los derechos de la Iglesia y no el bien de la sociedad, el «honor de Dios» como contrapuesto al bien del hombre. Mucha de la desafección, desinterés e incluso agresividad frente a lo religioso nace sin duda alguna de esta percepción sorda: de una Iglesia que con sus mandatos y prohibi-

razón y fe

ciones no sólo no se pone al lado de la felicidad humana, sino que da la impresión de ser su principal enemiga. Percepción injusta, pero de una terrible y devastadora eficacia.

Esa es la segunda consecuencia a señalar. Resulta difícil negar que la moral sexual que la Iglesia trata de imponer es uno de los factores más importantes, que ha llevado a muchas personas, quizás millones, a abandonar la Iglesia o a que ya no se planteen entrar en ella. Lo cual no deja de ser paradójico, pues, en el fondo, eso significa que, sin pretenderlo, paga un enorme precio religioso por una cuestión que en rigor no es de su incumbencia. Entiéndase bien: como queda dicho, no es que la Iglesia carezca de derecho o deba abstenerse sin más de hacer manifestaciones en el campo moral, incluido el relativo al sexo. De lo que se trata, es de que lo haga en su justo nivel: no el de dictar por su propia y exclusiva cuenta normas que son competencia de la búsqueda común (también de la suya), sino el de proclamar la necesidad e importancia de lo moral, animando y apoyando su cumplimiento como medio indispensable de una verdadera humanización; y, en ese sentido, como realización del proyecto divino en bien del hombre y la mujer. Ese es el significado de la teonomía, que marca la auténtica vivencia religiosa de la moral.

Y aquí enlaza la tercera consecuencia. También en este caso por extraña paradoja, la inflación eclesial en este tipo de empeño moral está produciendo efectos contrarios a los buscados. Porque, al hacerse increíble por los desajustes señalados, pierde la posibilidad de su aportación en un ámbito hoy especialmente desamparado. Porque es evidente que la no aceptación pública de las normas eclesiales, ha producido un enorme vacío educacional, que demasiadas veces se convierte en mera anarquía o resulta llenado mediante propuestas profundamente deshumanizadoras, cuyo ejemplo más funesto y devastador puede verse cada día en determinados programas justamente calificados de «telebasura». Un desenfoco bien intencionado acarrea una hemorragia en lo religioso y contribuye a la desertización en lo moral.

Una coartada para la (mala) política

Tampoco para la política son buenos los efectos. Para la «buena» política, se entiende, esto es, para la que busca de verdad la promoción auténtica

de la sociedad civil y que se esfuerza por la justicia, la solidaridad y la libertad en el gobierno estatal. Pues, en cambio, para la «mala», para la que ante todo busca votos y popularidad, amaños interpartidarios y aparentes equilibrios autonómicos, esta insistencia le viene de perlas. Les viene tanto a la de derechas como a la de izquierdas.

A la primera, porque, aceptando, más o menos íntegra y sinceramente, las directrices eclesiásticas relativas a la moral sexual, adquiere una inestimable legitimación, cuando no un provechoso aporte de votos, aunque luego se despreocupe de los problemas más sangrantes de la justicia y la igualdad. Encima, uniendo a eso la concesión o el mantenimiento de ciertos «privilegios», resulta más fácil escapar a las posibles críticas en cuestiones más sustanciales.

Tampoco le viene mal a la política de izquierdas, y tal vez sobre todo a ella. Debajo de los recurrentes enfados por la «injerencia» de la Iglesia en lo que es objeto de legislación para todos y no para solos los fieles, y de las consiguientes intimaciones a que se reduzca al ámbito propio, a poder ser exclusivamente privado, hay la percepción profunda de que ése es un juego que le viene muy bien. Ante todo, porque la crítica le llega en un terreno donde tiene la victoria fácil: desde luego, cuenta con los medios de mayor audiencia y prestigio, e incluso muchas veces con los sectores críticos dentro de la misma Iglesia. Además, de ese modo y a un precio muy bajo, mantiene intacto el marchamo de «progresismo»: apuntarse, aunque sea sin reservas y sin crítica, a todas las «novedades» en este terreno confiere automáticamente el carné de izquierdas y avanzados. Un carné que luego puede ser utilizado como una coartada magnífica para sentirse a cubierto de las críticas verdaderamente reales, cuando en lo individual se trata de ser coherente recortando los propios sueldos o renunciando a los propios privilegios, y cuando en lo comunitario toca mojarse en el verdadero compromiso a favor de una política de justicia, reparto e igualdad social.

Y, en otro plano, incluso respecto de esos mismos problemas que afectan a lo sexual, el hecho de polarizarlo todo en una polémica político-religiosa tapona una ocasión excelente para la formación crítica y responsable de una conciencia civil. Lo que debiera ser un diálogo serio para buscar soluciones verdaderamente humanizadoras, se convierte en simple oportunidad para consolidar las posiciones de siempre. Porque, las más

de las veces, ya no se trata de ver qué es lo mejor para la realización y convivencia humanas, sino de tener razón contra el adversario. De suerte que a un «clericalismo de derechas», que sostiene una postura porque «lo dice el Papa», se opone abruptamente un «clericalismo de izquierdas», que la rechaza por la misma e idéntica razón. No se pone el énfasis en un diálogo serio y documentado sobre los efectos de una determinada legislación acerca de los distintos tipos de «matrimonio» o sobre la conveniencia o no de una determinada legislación sobre el divorcio o el aborto. El grueso de la artillería se concentra muchas veces en rechazar las propuestas eclesialas. Estas, por su parte, agarradas a los principios abstractos, apenas dejan espacio para una discusión que distinga entre casos y casos o que tome en suficiente consideración los cambios producidos por la emergencia de nuevos valores o de una nueva visión de los antiguos.

En definitiva, como dicen los italianos, *tutti contenti*. Porque unos salvan «su» conciencia, «obedeciendo a Dios antes que a los hombres» y otros salvan

«su» política, demostrando progresismo en un punto donde resulta fácil y barato oponerse al «conservadurismo eclesial». Lo malo es que esa obediencia a Dios, aun en el caso de que resulte acertada, es selectiva, pues se concentra en aspectos que no son precisamente los que están en el centro de una tradición bíblica que habla ante todo «de la viuda, el huérfano y el extranjero», ni de un Evangelio que proclama de entrada «bienaventurados los pobres». Y el progresismo, por su parte, se concentra más que nada en cuestiones que en lo individual no afectan a la cartera y que en lo colectivo no desafían a la política allí donde verdaderamente se juegan sus auténticos ideales y se descuidan los más sangrantes intereses de los gobernados.

esta confrontación permite a la izquierda demostrar su progresismo en un punto donde resulta fácil y barato oponerse al «conservadurismo eclesial»

A pesar de todo, una religión liberadora

Eppur... Y, sin embargo, «otra religión es posible»: otro enfoque y otros énfasis en una moral que desde su auténtica entraña se ha mostrado, a pesar de todo, capaz como ninguna otra de hacer avanzar la historia.

Porque el hipercriticismo occidental respecto de sí mismo y, de un modo muy intenso, respecto de la religión bíblica no debiera seguir tan fascinado por los abusos –sin duda, reales y graves–, que deje de ver su ingente aportación a la humanidad. La misma moral sexual, con todos sus límites, no dejó de contribuir de manera decisiva a la educación del instinto y a la humanización del sexo.

Pero es más que nada en el ámbito social y político donde resulta históricamente ciego y moralmente injusto negar que sin la aportación bíblica lo mejor de Occidente no sería ni la sombra de lo que es. Hegel lo afirmó sin titubeos y Nietzsche lo confirmó *a contrario*. Sin el Dios–amor, no sabemos cuál habría sido el destino del valor absoluto de la persona, sobre todo de la persona débil y desamparada. Sin la predicación profética y las bienaventuranzas evangélicas, la revolución social –Marx incluido– resulta simplemente inconcebible...

Y esos valores siguen ahí, soterrados muchas veces, pero jamás negados, dispuestos a emerger en cuanto una reflexión lúcida y una proclamación adecuada sepan sacarlos a la luz pública. El impacto mundial de la Teología de la Liberación lo ha mostrado con fuerza. Como lo mostraron el papa Juan y el Vaticano II, cuando supieron hablar al corazón de nuestro tiempo. Como lo muestra el papa actual, cuando, rompiendo el círculo de los problemas relativos al sexo, habla de la justicia o de la guerra. Como lo han mostrado, y siguen mostrándolo, las misioneras y misioneros, cuando los pocos que pudieron asomarse a nuestras pantallas permitieron ver algo de lo que puede realizar la práctica de una auténtica moral evangélica, incluso en las condiciones extremas de la tragedia africana. Como apareció en nuestra misma España, cuando durante la transición una Iglesia que acertó con la verdadera dimensión política de la moral, supo hacia dentro educar militantes y colaborar hacia fuera con los que buscaban un futuro más justo.

No se trata, claro está, de cantar glorias o hacer apologética, pues las sombras fueron también reales y siguen estando ahí. Pero sí, de mostrar posibilidades verdaderas y fecundas. Los cristianos tenemos derecho a soñar. A soñar con una Iglesia que, cuando habla en Santiago, se preocupa ante todo de los problemas que afectan a los campesinos y marineros de Galicia, a su desequilibrio en el reparto estatal, a su exposición a catástrofes más o menos naturales, a la práctica y defensa de su idioma y

su cultura, a una política no clientelista sino de planificación eficaz del futuro. A soñar con una Iglesia que, cuando mira a España, se preocupe ante todo de la solidaridad interregional, de la distribución de la renta y la justicia de los impuestos, del drama del paro y la tragedia de los inmigrantes, del terrorismo y la convivencia ciudadana, de la educación de la juventud en el espíritu de responsabilidad y tolerancia, así como en una propuesta creíble para su vivencia del amor. A soñar con una Iglesia universal que, cuando mira a África, piense ante todo en el hambre y la violencia, en los modos más eficaces de combatir el sida, aunque sea preciso romper algunos «principios» antiguos...

También en esos campos deberá, claro está, respetar la autonomía moral de las distintas instancias, no invadiendo sus competencias. Pero, aun así, le quedará un amplísimo margen para la motivación y el ánimo, para convocar a la búsqueda

sin la aportación bíblica, lo mejor de Occidente no sería ni la sombra de lo que es; Hegel lo afirmó sin titubeos y Nietzsche lo confirmó a contrario

honesta de lo justo y a la realización de lo que se reconoce ya democráticamente como tal. Animo también para la denuncia, cuando observa que el incumplimiento deja desamparados a los más débiles o percibe, sincera y críticamente, un peligro de deshumanización en determinadas legislaciones (también cuando afectan a la amplia esfera de lo sexual). Lo decisivo está en el acento y la proporción, en la actualización lúcida del mensaje y en el redescubrimiento de lo fundamental evangélico, que, como se nos dijo solemnemente desde el principio, está ante todo allí donde hay hambre y marginación, desnudez e injusticia, cárcel y enfermedad. Cuando de verdad se llega a estos temas, hay un profundo instinto humano que sabe distinguir lo auténtico de lo espurio. Podemos estar seguros de que una Iglesia que acierte en esto, será reconocida en lo que es su real interés y su esencia más auténtica: el anuncio de un Dios que, creando desde el amor, no tiene otro interés que el del fomento y la promoción de lo auténticamente humano. ■

Q Q q

Q Q q

Q Q q

Q Q q

Q

Con tu colaboración
ayudas a que muchos niños
tengan una educación.

Q



113 millones de niños no van a la escuela.

Gracias a ti podrán hacerlo y con tu esfuerzo podrán tener un futuro digno. En Entreculturas llevamos 50 años haciendo posible que los más desfavorecidos tengan una educación de calidad. Porque la falta de educación significa la falta de oportunidades.

Si quieres colaborar infórmate en el 902 444 844 ó en www.entreculturas.org



Colabora. Santander Central Hispano 0049 0001 54 2310240401. BBVA 0182 8908 88 0010008001.